

## WATERLOO

“En Waterloo estuvo Dios. La sangre derramada por Napoleón fue un formidable alegato oído en el cielo” afirma Víctor Hugo en su maravillosa narración de la batalla, pero el gran escritor Dimitri Mereszkovskij le responde con no menor fuerza de argumentación “Waterloo ha decidido los destinos del mundo, y si esa decisión es definitiva, quiere decir que el mundo no es digno de Napoleón, el hombre que ha concebido la más sublime de las ideas humanas: la paz del mundo, la unión fraternal de los pueblos, el reino de Dios en la tierra. Si no sabe cómo realizar esa idea, si tratando de llegar al paraíso a través del infierno se queda en el infierno, nada de ello menoscaba la sublimidad de esa idea”.

La opinión de estos dos grandes escritores marca dos extremos dentro de los cuales se desarrolla la controversia sin fin, sobre la razón o injusticia del resultado que ofrece la célebre batalla ocurrida en las llanuras de Waterloo, allá en Bélgica, el 18 de junio de 1815. En la múltiple bibliografía sobre la vida del corso, encontramos los exagerados elogios de Desiré Lacroix y las rudas cargas de Jean Savant, pudiendo apreciar la inutilidad del ditirambo y el vacío del libelo. Tratemos de fijar un concepto imparcial, después de ciento cuarenta y cinco años de haber ocurrido la acción.

## EL REGRESO DE ELBA

En 1815, el primero de Marzo, desembarcaba Napoleón en el Golfo Juan, entre Antibes y Cannes regresando de Elba a Francia para reimplantar el Imperio, transcurridos diez meses de su primer destierro. Se inicia entonces hacia Paris una marcha inolvidable a través de toda Francia durante la cual recibe Bonaparte el más caudaloso y sorprendente respaldo para sus propósitos. “El Aguila, con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta la torre de Notre Dame” dice el caudillo en su elocuente estilo. Y el 21 de ese mismo mes entra en las Tullerías llevado por una multitud delirante que le aclama como a un Dios. El día anterior había huido Luis XVIII, aterrado frente al éxito del Emperador.

## PÁNICO EN VIENA

El Congreso de Viena recibe a noticia con estupefacción. Es una bomba que parte un vals, asegura Raoul Auernheimer, agregando “El Rey de Prusia acompañado por el Zar, abandonó inmediatamente la fiesta. Los siguieron Metternich y el Duque de Wellington agarrados del brazo. El baile había terminado”. Se reúne aterrado el Congreso y aprueba una declaración poniendo a Bonaparte fuera de las relaciones civiles y sociales señalándole como “enemigo y perturbador del reposo del mundo”. Y los Ministros de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia firman un tratado de alianza por medio del cual estos países se comprometen a mantener cada uno ciento cincuenta mil hombres en pie de guerra “mientras Bonaparte no haya sido puesto en absoluta imposibilidad de amenazar la seguridad de Europa”. España, Suecia, Holanda y Portugal respaldan esta medida y aportan contingentes numerosos para engrosar el ejército de la coalición y reducir al déspota. Europa tiembla al paso de los soldados que se dirigen hacia Francia desde todos los rincones, para librar una batalla definitiva al destino de los pueblos. El pánico de los coaligados se ve por la magnitud de las medidas. Comprenden que tiene que luchar sin tregua porque les va en ello la estabilidad de sus gobiernos, ya que el corso encarna los principios revolucionarios que hacen temblar las monarquías. Por eso se unen y lanzan sus ejércitos. Un millón de hombres contra un solo país, Francia, en desesperado esfuerzo por domeñar al león se prepara a asestar terribles zarpazos al mapa europeo.

Sabe también Napoleón que la lucha es definitiva y que solo merced a un prodigio logrará vencer las fuerzas que le acometen desde todos los rincones del mundo. No tiene aliados. Francia luchará sola para vencer o morir”.

## CAUSA DEL REGRESO

Muchos historiadores presentan el regreso de Elba como la causa única de los infortunios finales padecidos por Napoleón, pero si analizamos la situación que entonces existía concluiremos en que esta era la única salida permitida por el destino a Bonaparte, para tratar de impedir a sus enemigos cumplir con el plan de deportarle a una isla perdida en el océano Santa Lucía o Santa Elena. En el Congreso de Viena se comentaba que la presencia del Emperador en la isla de Elba, no ofrecía seguridad para la tranquilidad de Europa y la estabilidad de sus gobiernos, estudiándose la forma de enviarlo a parte más segura. “Napoleón en Elba será para Italia, para Francia para toda Europa lo que el Vesubio era para Napoles”, afirma Fouché, agregando sin pudor alguno: “la prisión hubiera estado bien, la tumba hubiera estado mejor”. Talleyrand y Castlereagh hablan en Viena sobre la posibilidad de ponerlo preso en Elba para hacer efectivas penas más duras apelando a los medios necesarios para ello, en caso de necesidad. Y el

gordo e inepto Luis XVIII, Rey de Francia por gracia extranjera, se niega a reconocerle la renta asignada por el tratado de Fontenelleau, por considerarla excesiva para el tesoro público e impropio por estar destinada a “quien tantos males le ha causado a Francia”. Estas consideraciones nos permiten asegurar que el regreso de Elba se imponía y que en él se procedió con lógica y razón.

Ahora bien, desde el punto de vista nacional, el cambio de gobierno era anhelado por todos los franceses en virtud de que con Luis XVIII volvió a Francia el sistema depuesto por la Revolución, mil veces peor que el Imperio Napoleónico al cual se aceptaba para capotear la crisis interna y hacer respetar la dignidad nacional afrentada por los países vencedores. De ahí el entusiasmo sin límites que se despertó en Francia al saber del regreso de Napoleón, que contó con un apoyo irrestricto nunca antes conocido.

## PREPARATIVOS BÉLICOS

El Imperio se constituye en monarquía constitucional aprobada por las Cámaras, hecha por Benjamín Constat y refrendada por Napoleón, después de haber obtenido el voto de los colegios electorales.

A través del Ministro de Guerra, Davout, en dos meses se prepara un ejército, de ciento cincuenta mil hombres, para combatir la coalición. Napoleón los hace instruir con extraordinaria rapidez y se los lleva al campo de batalla en medio de un entusiasmo indescriptible; actúa sin dilaciones percatado de que un simple error sería fatal y la necesidad imperiosa en que se encuentra por lograr sonoros triunfos para reafirmar la mística en las tropas y la política en París. Quiere derrotar a los ejércitos aliados tomándoles por separado realizando una serie de marchas y contramarchas similares a las ejecutadas en 1796 cuando libró la campaña de Italia, pues el gigantesco enemigo le impide enfrentarse a él en una sola batalla que sería absurda por la desigualdad alarmante de las fuerzas. Los coaligados, por su parte, quieren estar unidos para derrotarle, ya que conocedores de su pericia militar saben la inutilidad de cualquier esfuerzo aislado. Sus ejércitos marchan hacia Bélgica precedidos por trescientos mil hombres de Wellington y Blucher que están para unirse en las inmediaciones de Bruselas. La retaguardia la conforman austriacos, rusos, suecos en avalancha incontenible que amenaza aplastar el pequeño ejército francés. La prisa aliada en unirse manifiesta debilidad ante el genio, lo sorprendente no es el resultado final de la acción, sino la enorme dificultad que él costó a los enemigos del Imperio.

## LA FALLA DE NEY

El 15 de junio el ejército francés cruza el Sambre rechazando las avanzadas prusianas y se dirige hacia el norte de Bélgica situándose con precisión matemática en el punto de reunión de Blucher y Wellington, Fleurus. La maniobra se ejecuta cronométricamente y el emperador respira aliviado pues se considera dueño de la situación desde ese instante en que divide al adversario. Designa a Ney para que ocupe Quatre-Bras y rechace a los ingleses hacia Bruselas. Y es aquí donde se produce el primer error dentro del plan napoleónico. En Quatre-Bras no hay sino unas avanzadas inglesas a las que es fácil desalojar pero en esta ha decisiva para Francia, el Mariscal Ney, el bravo entre los bravos, marcha con lentitud y cuando llega al punto de su cometido, a las siete de la noche, encuentra el puesto reforzado por cuatro mil hombres de caballería que esperan a Wellington. Si el gran Mariscal francés se hubiese empeñado la batalla habría triunfado, pues sus fuerzas eran muy superiores en número y en calidad a las inglesas. Pero por desgracia a espera de que le lleguen el total de cincuenta mil hombres que manda, tiempo que aprovecha Wellington para concentrar el grueso del ejército en Quatre-Bras, en el curso de la noche del 15 de junio. Al día siguiente, cuando los franceses atacan ya no hay menos de cincuenta mil soldados frente a ellos.

Napoleón se encuentra satisfecho porque ha interceptado a los ejércitos enemigos y considera que Ney ocupa Quatre-Bras desde las cinco de la tarde, impidiendo la marcha de los ingleses. El 16 se enfrenta al ejército prusiano que aparece por Namur iniciándose la batalla de Ligny a eso de las tres de la tarde. La lucha es dura y los dos contendores se atacan rabiosamente haciendo retremblar el suelo por los galopes de los caballos y el tronar de los cañones. Considerando a Ney en libertad para maniobrar desde Quatre-Bras, el Emperador juzga copado a Blucher y dice: "puede que de aquí a tres horas este decidida la suerte de la guerra. Con que Ney ejecute bien mis órdenes ni un cañón de este ejército escapará" luego le hace escribir por Soult lo siguiente: "Hace una hora os he escrito que el Emperador debía atacar el enemigo en la posición que este ha tomado entre los pueblos de Saint Amand y Bride. El combate es empeñadísimo en este momento su majestad me encarga que os diga que maniobréis inmediatamente de modo que envolváis la derecha del enemigo y caigáis a brazo partido sobre sus retaguardias. Si obráis vigorosamente ese ejército está perdido la suerte de Francia está en vuestras manos". Pero Ney no está en capacidad de ayudar al Emperador. Se encuentra enfrentado al ejército de Wellington y no puede disponer de un solo soldado.

## LA DERROTA DE BLUCHER

Son las seis de la tarde y prusianos y franceses baten rudamente. Blucher tiene comprometidas todas sus tropas y carga al frente de la caballería a pesar del peso de los años. Napoleón dispone de su guardia treinta mil hombres pero no quiere lanzarlos al combate antes que Ney venga a cortar la retirada prusiana. Al fin a las siete de la noche, la guardia entra en acción comandada por el Emperador y los cuadros prusianos se disuelven produciéndose la aparatosa huida del ejército. Blucher, desesperado, trata de contener a sus soldados pero todo es inútil. El viejo prusiano cae del caballo y varios escuadrones franceses le pisotean en medio del fragor de la batalla, pudiéndose salvar únicamente por la ayuda del edecán Nostiz. La batalla está ganada pero los alemanes pueden retirarse gracias a la inoperancia de Ney, dejando en Ligny unos veinte mil muertos y diez mil heridos. Los franceses pierden once mil hombres.

El 17 por la mañana se entera Bonaparte de que Wellington se encuentra en Quatre Bras y que Ney no ha cumplido su mandato. Ordena entonces a Grouchy que persiga a los prusianos y que por ningún motivo permita se unan al ejército inglés, marchando el por su parte hacia Quatre Bras para enfrentarse a Wellington. Pero este ha tenido conocimiento de la aparatosa derrota de Blucher y no se atreve a enfrentarse al Emperador, dejando la posición en poder la caballería que comanda Lord Uxbridge, encargada de cubrirle la retirada en compañía de unas cuantas baterías y el, impresionado por la derrota de Blucher monta a caballo y huye hacia el norte en seguimiento de su ejército que va en retirada a situarse en la llanura de Waterloo. Allí esperara al Emperador lleno de incertidumbre como quien se somete a la voluntad del destino. Al retirarse de la carretera de Namur manifestó a Lord Uxbridge.

“El viejo Blucher ha recibido una buena azotaina. Ahora ha retrocedido 18 millas; vamos a tener que hacer otro tanto nosotros. Supongo que en Inglaterra dirán que nos han zurrado, que le vamos a hacer”,

## NAPOLEON EN QUATRE BRAS

Acompañado por un piquete de caballería, Napoleón avanza hacia los Quatre Bras siguiendo la carretera que viene de Namur, mientras el resto de las tropas se movilizan poco a poco, al compás de los cañones. Sabe que Wellington ha huido hacia Bruselas y que por culpa de Ney perdió la oportunidad de aniquilar a los prusianos. Su alma está sumida en la amargura y parece reclamar a la suerte por haberle robado el éxito total pero continua procediendo con indomable energía, lleno de fe en un porvenir glorioso, confiado en que su estrella le sacara adelante.

Se avecina una terrible tormenta cuando a las dos de la tarde llega a Quatre Bras, destacándose su silueta inconfundible bajo los últimos rayos solares de la tarde que se ensombrece momento por momento. Pide un catalejo y mira hacia el norte, montado a caballo en su postura inconfundible. A lo lejos Lord Uxbridge lo reconoce y tiembla al ver la figura que tanto han combatido los ingleses. El sombrero tricornio, el capote impecable, el caballo permanecen inmóviles ante los ojos del inglés que lo contempla. Luego grita desesperado a sus soldados “Fuego, Fuego, es él. Y apuntad bien. Tronaron los cañones. Napoleón hace avanzar una batería montada de la guardia. Pero U bridge no continua el duelo. En este mismo momento estalla la tormenta. Al fulgor de los relámpagos, entre el fragor del trueno, bajo el huracán de la lluvia que les azota, húsares y artilleros galopan envueltos en confusión. Mas aprisa grita Lord Uxbridge, tan espantado como si entre relámpagos y truenos le persiguiese el jinete del apocalipsis”.

## HACIA WATERLOO

La huida de la caballería de Uxbridge, que describe patéticamente Merekovskij, lleva a Napoleón hacia Waterloo, en donde está acampado el ejército inglés. Llega allí el 17 en las horas de la noche y no puede iniciar batalla porque simplemente le acompaña una pequeña escolta de caballería siendo necesario esperar al grueso del ejército para poder combatir. Para constatar si efectivamente tiene delante a la totalidad de los ingleses, hace disparar unos cuantos cañonazos, comprendiendo por el volumen de la respuesta que en realidad Wellington está allí. Entonces se dedica a preparar una serie de medidas que impedirá al ejército enemigo huir al día siguiente pues la suerte continua en su poder si Grouchi cumple al pie de la letra sus instrucciones y no se deja engañar por los prusianos, manteniéndose en disponibilidad de acudir en apoyo del emperador en caso necesario. Sobre estas bases procede con toda calma y energía, eso sí sin desplegar la actitud personal que le hiciera tan famoso en otros tiempos y que tantos y que tantos éxitos le trajo. Y es que Napoleón en 1815 es un hombre gastado por veinte años de guerras consecutivas, por el ajetreo constante de la política interior de Francia y por los reveses de Rusia y de 1814. El antiguo estado mayor ya no existe pues los viejos Mariscales del Imperio, sus principales compañeros de armas, unos han muerto, otros lo han traicionado y apoyan al enemigo y muchos más están disfrutando de las riquezas y los honores conquistados en las campañas pasadas. Cuenta con Ney, Soul y un grupo de nuevos Generales llenos de ánimo pero sin la capacidad de los anteriores. Murat el Rey de Nápoles ha caído en desgracia por haber invadido sin su permiso a Italia cuando se supo del Regreso de Elba, habiendo predispuesto a los austriacos. Por eso tiene que confiar una misión tan delicada, como la de mantener a raya a cien mil hombres de Blucher, a Grouchy hombre

mediocre aunque honrado, nunca distinguido por ninguna acción célebre. El mismo Ney le ha fallado en Quatre Bras. Está sólo con el mismo espíritu de siempre pero enfundado en un cuerpo gastado.

## PRELIMINARES

Los críticos militares han considerado el plan de batalla de Waterloo perfecto. Falla, sin embargo, porque no está ejecutado con el mismo brillo y decisión característicos de Napoleón. Parece que en momento culminante de su carrera se encuentra cansado de la guerra y no sea la victoria que ya conoce demasiado, pues actúa como a su pesar sin emoción dejándose llevar por los hechos más que tratando de conducirlos o aprovecharlos. Frente a él está el flemático inglés de Wellington, dispuesto a sostener batalla hasta el último instante, lleno de tenacidad en la certeza de que Blucher llegará “tiene que llegar” para producir el triunfo de las potencias coaligadas. La única orden del General inglés frente al genio napoleónico es bien simple pero llena de moral para sus soldados: Resistir. Y esta orden no variará aún en lo más crudo de la batalla cuando los escuadrones de Ney les tendrán completamente dominados. La fe acompaña a Wellington hasta el momento en que ya su duda no tenga ninguna importancia.

En la noche que precede a batalla Bonaparte no duerme. La pasa moviéndose febrilmente en sus avanzadas y a ratos sentado, pensativo, en una silla que le facilitan sus ayudantes. Parece que quisiera profundizar con sus ojos en la oscuridad para ver la posición de su enemigo y apreciar sus movimientos. A las cinco de la mañana recorre por última vez las avanzadas e imparte orden a los comandantes de puesto, cierto de que al día siguiente se libraré la batalla definitiva. Los informes que le llegan de Grouchy indican que ha seguido fielmente sus órdenes y que los prusianos no podrán intervenir en Waterloo. Entonces exclama: “Grouchy no es como Ney”.

A las cinco de la mañana el Emperador había ordenado preparar la iniciación de las operaciones para las nueve, pero por desgracia el fango dejado por la lluvia no se lo permite para afianzar los cañones. La orden sufre de nuevo aplazamiento.

## EL SOL DE AUSTERLITZ

A las once el emperador pasa revista a las tropas, inferiores en número a las comandadas por Wellington, pero llenas de fervor patriótico y de confianza en la capacidad del general. Las aclamaciones y los vivas al emperador se suceden a lo largo de la revista con idéntico frenesí que en las épocas más gloriosas.

Bonaparte dice, señalando el sol que empieza mostrar sus pálidos rayos en la fría mañana: "He aquí el sol de Austerlitz" y todos arrojan sus gorros al aire y agitan las águilas imperiales presas de un júbilo incontenible.

Varios generales le piden al emperador que trate de cumplir una maniobra envolvente para dominar a Wellington, pues consideran su centro demasiado vigoroso, pero Bonaparte no varía su sistema habitual que consiste en machacar infernalmente al enemigo mediante el fuego de los cañones para anonadarlo a continuación con una serie de cargas furiosas mediante la caballería, ahora al mando de Ney. El Emperador está en una elevada colina en la Belle-Alliance. tiene frente a él una larga explanada y al final de ella otro promontorio Mont Saint-Jean ocupado por Wellington y sus tropas.

A las once y media de la mañana suena el primer cañonazo rompiéndose la tranquilidad de la mañana. Los ingleses están firmes en sus puestos contestando con menor furia los disparos de la artillería francesa que Bonaparte contempla impasible desde la Belle-Alliance con un catalejo en una mano y rodeado de ayudantes que traen y llevan ordenes y noticias. Los primeros ataques franceses se producen sobre las posiciones de Hougomont la Halle-Sainte, ocupadas por las primeras avanzadas inglesas. El cañoneo sobre el ejército inglés es inmisericorde, hace temblar la tierra en varias leguas a la redonda y favorece las cargas que dirigen Ney y D'Erlon marchando a la cabeza de los soldados sin inmutarse por el fuego graneado de las baterías enemigas. Las balas inglesas descompletan los cuadros de los soldados imperiales que continúan adelante, descendiendo de la Belle-Alliance hacia Hougomont y la Halle-Sainte, puntos intermedios para llegar a la altura de Mount Saint-Jean; caen granaderos franceses pero son reemplazados por de inmediato por quienes vienen detrás. No es menor el destrozo que causan los cañones napoleónicos e las filas enemigas. La batalla se desencadena como una tormenta implacable llevándose vidas humanas en medio de un griterío infernal que surge a pesar del incesante tronar de las baterías.

La noche anterior a la batalla Napoleón recibió mensaje de sus exploradores según el cual Blucher no se dirigía a Lieja sino a Wabre, con evidente propósito de unirse a las tropas de Wellington. Pero confiado en Grouche no dio importancia a ésta noticia que al apuntalar el día fue rectificada en parte por una comunicación del mismo Grouchy, en la cual le aseguraba que las tropas prusianas marchaban divididas en dos columnas hacia Lieja y Wavre y que él con sus treinta y cinco mil hombres controlaría la situación.

NAPOLEON URGE A GROUCHY



Ahora en la iniciación de la batalla, observa que al oeste, como viniendo de Wavre se aprecia una sombra, una nube que avanza hacia Waterloo hacia la Belle-Alliance por los lados de Chapelle Saint-Lambert. Consulta a los oficiales del Estado Mayor y éstos después de manifestar que debe ser Bolow con un cuerpo de tropas prusianas que no pelaron en Ligny. Lo que nadie sabe es que detrás de éstas tropas marcha Blucher a la cabeza de sesenta mil soldados después de haber engañado a Grouchy en Gembloux, entreteniéndole con diez mil soldados. El viejo prusiano está dispuesto a intervenir en Waterloo para definir el éxito de la jornada y vengar la derrota del 16. El emperador envía un mensaje Grouchy en los siguientes términos: “El General Bolow debe atacar nuestro flanco derecho. No perdáis un instante y aproximaos a nosotros hasta reunirnos y aplastar a Bolow, al que sorprenderéis en flagrante delito”.

En tanto envía a Lobau al mundo de la guardia joven para contener el empuje de los prusianos que se acercan a Plancenoit. Son las dos de la tarde y la batalla está en suspenso, los dos ejércitos en sus respectivas posiciones. Cuatro posiciones de infantería bajan hacia Hougomont y la Halle-Sainte y se traban en terrible combate cuerpo a cuerpo con la infantería británica. Ney las comanda y hace prodigios de valor logrando quebrar la línea del enemigo y llegar hasta cerca a Mont Saint-Jean en donde la caballería de Wellington logra rechazarlo. Simultáneamente los franceses libran dos batallas. La primera con Wellington y la segunda con Bolow que arrecia su ofensiva sobre Plancenoit que estará alternativamente en poder de ambos adversarios. El emperador prepara un nuevo ataque sobre los ingleses y se lo ordena a Ney a las tres y media de la tarde, apoyándolo con un cañoneo tremendo que aniquila las posiciones adversarias; pero de nuevo los ingleses logran hacer retroceder a las columnas de Ney mediante hábiles ataques contra la caballería.

## WELLINGTON URGE A BLUCHER

Entonces el gran Mariscal forma cinco mil coraceros a caballo y les lleva a través de la explanada, pasando a Hougomont y la Halle-Sainte contra Mont Saint-Jean en frenético galope que hace estremecer toda la llanura. Los coraceros galopan destrozándolo todo a su paso, agitando los sables y vivando al emperador. Gran número de ellos se queda en el camino derribado por la metralla enemiga, otros caen en los fosos de Ohain pero el resto logra llegar a la colina y entabla un furioso combate contra los artilleros de Wellington, éste último, junto a un olmo plantado en la carretera hacia Bruselas y envía un mensaje a Blucher: “Si el cuerpo no continúa en marcha y ataca enseguida, la batalla está perdida”. El General inglés está pálido pero resuelto, contemplando a sus hombres que caen

mueritos o heridos bajo el combate incontenible de los coraceros de Ney, ahora respaldados por la caballería de Kellerman: “No hay más orden que aguantar firme hasta el último hombre” dice con extraordinaria energía a los hombres que lo rodean. Y a Lord Hill que le pregunta qué ordena, responde: “Nada, resistir” .Son las cinco de la tarde y la línea británica está quebrada. ¡Victoria! ¡Victoria! Gritan los franceses.

Ney pide refuerzos a Bonaparte para rematar al enemigo, pero este se prepara a rematar los cuadros de Bulow que están en posesión de Plancenoit .Hace formar los ocho batallones de su vieja guardia enfrentados a los prusianos, les cañonea por espacio de un cuarto de hora y luego envía dos cuerpos para que recobren el pueblecillo. Media hora más tarde está de nuevo en poder de los franceses. Son las siete de la noche pero todo está claro como si el sol se hubiera detenido para observar la gran batalla.

## EL MOMENTO CULMINANTE

Los prusianos han sido abrumados por la disciplina de los soldados de la vieja guardia que se preparan a asestar el golpe definitivo a Wellington, que ahora dice suspirando: “Blucher o la noche. El primero para vencer, la segunda para retirarse”. Mientras, dos batallones compuestos por soldados de la Guardia Joven continúan haciendo efectivo el aplastamiento de Bulow, el Emperador desciende de la Belle-Alliance al frente de su guardia que forma cuadros como si desfilara en una parada de las Tullerías, atraviesa el infierno de Hougumont y la Halle- Sainte y se dirige cuesta arriba a la meseta de Mont-Saint-Jean, en donde Ney combate aún frente a la heroica resistencia de los británicos. El avance de la vieja guardia al mando de su Emperador es imponente y arrolla cuanto surge al paso. La batalla está decidida, los ingleses vencidos, aniquilados se preparan a desbandarse por el camino a Bruselas.

## LA LLEGADA DE BLUCHER

De pronto unos cañonazos retumban a espaldas mismas del Emperador y sus soldados. “Es Grouchy”, grita Napoleón ebrio de júbilo, la noticia se extiende a lo largo de todas sus líneas avivando la mística y el valor de los soldados. Pero cosa extraña, el ejército que llega al campo de batalla a las ocho de la noche se lanza sobre los franceses que ahora están en una horma de hierro. Es Blucher que llega con sesenta mil soldados, cumple la cita a Wellington y decide la batalla. Por todas partes cunde el pánico y por primera vez se oye en el ejército imperial el grito de

Sálvese quien pueda, a continuación de lo cual sueltan sus fusiles y Wellington avanza entonces por la meseta de Mont-Saint-Jean y agita victorioso su sombrero despertando el entusiasmo de todos los cuerpos de tropas que arremeten contra los franceses.

#### LAGRIMAS DE BONAPARTE

Sólo la vieja guardia continua imperturbable luchando contra el enemigo. El Emperador está al frente de uno de los batallones y le conduce a la muerte agitando el sable con desesperación mientras gruesas lágrimas corren por sus mejillas llenas de polvo. Desea la muerte y la busca comprendiendo que ella será la máxima victoria. Pero cosa extraña, a su lado, a su espalda, al frente caen heridos y muertos oficiales y soldados, mientras ninguna bala toca al corso. El destino quiere depararle aún seis años más de vida para purificarle en Santa Elena y permitirle una victoria póstuma sobre sus adversarios. Al fin se retira del campo de batalla a las nueve de la noche arrastrado por Soult que le dice: “Venid señor, el enemigo está ya demasiado satisfecho”.

#### LA FRASE DE CAMBRONNE

La Vieja Guardia se hace matar en el campo de batalla al grito de ¡Viva el Emperador! Que suena fúnebre como marcha final en honor del gran ejército. Cambronne la dirige, responde al enemigo cuando se le intima rendición: “M...la Guardia Imperial se muere pero no se rinde” y herido en la frente rueda por el suelo. Ney y D`Erlon buscan deliberadamente la muerte que no llega por ninguna parte. “D`Erlon cómo escapamos de esta, a ti y a mí nos ahorcarán”, ruge el bravo entre los bravos, en medio del combate, en plena derrota y arremetiendo de nuevo contra los ingleses grita: “Venid a ver como muere un Mariscal de Francia”. Pero las balas le respetan. Estaba destinado a los fusiles de sus compatriotas.

A las diez de la noche aún suenan los fusiles en el campo de Waterloo. Es la guardia que resiste sola en la cumbre de la Belle-Alliance, negándose a aceptar la vida que se le ofrece, es el Imperio que prefiere perder todas sus águilas gloriosas antes que huir o entregarse al enemigo. Los cañones de Wellington y Blucher exterminan ese puñado de valientes y un silencio de muerte se extiende desde entonces por el campo de batalla. “Triunfo en Waterloo y en ese mismo instante caigo al abismo”, dirá mas tarde Napoleón en Santa Elena.

HUGO MANTILLA CORREA

Publicado en Vertical el 21 de enero de 1961